

## LOS MALES DE ESPAÑA EN *EL CABALLERO ENCANTADO* DE GALDÓS

“...Y luego he metido unas escenas fantásticas que me sirven como artificio para introducir una sátira social y política que de otra forma sería muy difícil de hacer pasar”, le dice Galdós —refiriéndose a *El caballero encantado*— a Teodosia Gandarías, en una carta del mes de agosto de 1909<sup>1</sup>.

No es que las obras anteriores de don Benito hayan estado alejadas de las censuras de todo tipo a las instituciones políticas y sociales de España. Pero, en *El caballero encantado*, esas censuras parecen expresarse con mucha mayor libertad, la cual se evidencia en la ironía risueña con que las expone. “En lo que llevo escrito, me he despachado a mi gusto”, dice en otra carta de unos días después<sup>2</sup>. Y continúa con unas palabras que podrían haber estado dirigidas a algunos críticos posteriores, que probablemente no entendieron la novela y que la vieron como una obra blanda, propia de la vejez, senil y sin energía<sup>3</sup>: “Es una obra que se las trae”<sup>4</sup>.

Así pues, Galdós se divierte en hacer una crítica sin frenos a todas las cuestiones con las cuales disientía, crí-

<sup>1</sup> SEBASTIÁN DE LA NUEZ CABALLERO, *El último gran amor de Galdós. Cartas a Teodosia Gandarías desde Santander (1907-1915)*, Santander, Concejalía de Cultura, 1993, pp. 167-168.

<sup>2</sup> *id.* p. 173.

<sup>3</sup> Cf. JULIO RODRÍGUEZ-PUÉRTOLAS, “Galdós y el ‘Caballero encantado’”, en *Galdós: Burguesía y revolución*, Madrid, Ediciones Turner, 1975, pp. 93-94.

<sup>4</sup> S. DE LA NUEZ, *El último gran amor de Galdós*, p. 157.

tica que presenta dos vertientes: en los primeros cuatro capítulos se refiere a Madrid y a su sociedad. En los restantes, al campo, a los pueblos, a la miseria de las gentes, a las irregularidades de las leyes y a tantas otras cosas que se verán más adelante.

En la crítica ciudadana, *El caballero encantado* no difiere mucho de otras obras galdosianas, aunque aquí el escritor no parece nunca "morderse la lengua" en la expresión de sus opiniones, ya sea directamente, ya por boca de sus personajes. La sociedad española se ve reflejada abiertamente —aunque en pocas páginas—, no sólo en el presente, sino en su historia, sus vicios, su comportamiento. Pero no como una mera descripción, sino como un trozo de vida, con todos sus claroscuros<sup>5</sup>. Carlos de Tarsis, el protagonista, es uno de tantos "señoritos" ricos, ociosos y frívolos, lo mismo que toda su corte de amigos, "plebeyos enriquecidos", la mayor parte de ellos en posesión ya de títulos nobiliarios<sup>6</sup>. Con esto Galdós no hace sino retomar un tema que le obsesionaba desde hacía muchos años: el desmoronamiento y el envilecimiento de la nobleza. La confusión entre aristocracia y dinero como una cosa grave, ya que "la nobleza acaba por justificarse sólo por la riqueza; una y otra vienen a ser la misma cosa"<sup>7</sup>.

Si a lo anterior añadimos la actitud que ofrecen los adinerados en *El caballero encantado*, podrá verse la magnitud de la crítica que allí tiene lugar. Los ricos de las ciudades manejan el campo por medio de los caciques,

<sup>5</sup> "Galdós when he came to understand what it meant to be a novelist-historian, used his freedom as a creator to transform the genre itself and in a fashion comparable only to the greatest of the Russians", STEPHEN GILMAN, *Galdós and the Art of the European Novel: 1867-1887*, Princeton, Princeton University Press, 1891, p. 27.

<sup>6</sup> Cf. BENITO PÉREZ GALDÓS, *El caballero encantado*, en *Obras Completas*, Madrid, Editorial Aguilar, 1977, p. 1015.

<sup>7</sup> JOSÉ F. MONTESINOS, *Galdós*, Madrid, Editorial Castalia, 1968, p. 257.

encargados de exprimir a los campesinos<sup>8</sup>, además de que no pagan contribuciones, falsifican actas, encubren criminales, atropellan a las gentes y manejan todo arbitrariamente (Cf. *El caballero encantado*, p. 1121).

Todo esto proporciona un panorama sobre el comportamiento de la más alta nobleza, a la cual pertenece Carlos de Tarsis, marqués de Mudarra, conde de Zorita de los Canes, "por cruce de la rama de los Tarsis, nieto de Noé, con las de los Mudarras, dichoso injerto de las ramas de Cristo y Mahoma" (p. 1020). Quien, a pesar de semejante estirpe, estima más lo material que su esplendente pasado ("he dado en pensar —opina— que nobleza sin dinero es latón abrigado por la industria. Donde no hay oro, todo es desdoro" (p. 1020). Su afición al juego y a las mujeres, además de los automóviles, las cacerías, los viajes, acaba con su fortuna, basada en posesiones rurales. La aparente solución es estrujar a los labradores que las trabajan duplicándoles las rentas, los cuales se ven obligados a pedir prórrogas para pagar, clamar al cielo, blasfemar, y como último recurso, emigrar, abandonando todo. Sin embargo, nada es suficiente para pagar los placeres del caballero, quien tiene que recurrir a la usura o a un matrimonio de conveniencias.

En estas circunstancias es encantado y convertido en el más humilde peón de los pastores: se trata del castigo que su creador le impone, castigo que le hará ver el mundo, que tan unilateralmente conocía, desde el ángulo opuesto. Sin duda Galdós ha descubierto en su personaje algunas virtudes ocultas que permiten su salvación, ya que le da la oportunidad de corregir su rumbo, como da a conocer al final de la novela: "Los

<sup>8</sup> "Que vosotros haceis lo que se llaman capitalistas, y que esos ricos de allende mandan a cualquier Gaitín de aquende el dinero que les sobra para que os lo dé a préstamo en vuestras necesidades, y os cobra un duro de rédito por cada cinco", *El caballero encantado*, p. 1089.

perversos y los tontos rematados no son susceptibles de encantamiento" (p. 1130).

El marqués de Torralba, padrino y tutor de Tarsis, "caballero de cortas luces" (p. 1013), quien "vivía en continuo metimiento con gente de sotana y hociaba con el Nuncio" (p. 1013), busca llevar a su ahijado por sus propios caminos sin gran éxito, ya que sus doctrinas repugnan al joven, inclinado naturalmente al radicalismo y a la incredulidad, tal vez una de las virtudes innatas que Galdós le atribuye. Sin embargo, llevado tal vez por su vanidad, accede a formar parte de una Orden de Caballería, hecho que probablemente no tiene otro fin para el escritor que el placer de expresar la sensación de ridículo que tal cuestión le merece: "El manto blanco, los desaforados borlones y el birrete ochavado daban la impresión de caricatura, no de la que regocija, sino de la que entristece. Era profanación de tumbas, traslado burlesco del antaño glorioso" (p. 1014). Pero esa sensación de ridículo sólo la ve Tarsis: la sociedad lo admira así vestido, los caballeros lo envidian, las damas lo contemplan con arrobamiento.

La forma de religiosidad que Torralba profesa no representa nada nuevo sobre lo que Galdós ya había criticado; la única diferencia es que aquí no se detiene en consideración alguna y resulta bastante más agresivo que con otros personajes. El marqués toma siempre las posiciones que le proporcionen más ventajas, y una de ellas es la de ser considerado católico. Gracias a ello conquista una mujer rica, llega a ser tutor de Tarsis y adquiere una buena situación social. Sin embargo no sacrifica sus deseos más íntimos, y lleva una doble vida en la que acumula docenas de hijos naturales y colecciona "esposas artificiales o esposas ajenas" (p. 1018). Pero todo esto no se ventila: se maneja sólo entre las malas lenguas. Su fachada exterior es irreprochable: participa en actos religiosos, elegantes, naturalmente, "acompañábanle frailones extranjeros bien vestidos o caballeros ignacianos de capa corta" (p. 1018).

Como tutor de Carlos, Galdós lo culpa indirectamente de las faltas del joven, a quien únicamente exigía la misma hipocresía que él ejercitaba: “Un cumplimiento exacto de las fórmulas y reglas del honor, la cortesía, el decoro en las apariencias [...] a misa los domingos, por el que no digan, y por las noches, a casita temprano” (p. 1013). (Duro ataque a las enseñanzas pedagógicas, las cuales Tarsis tendrá que suplir con su terrible encantamiento en humilde pastor).

A pesar de todo, el ahijado no tiene el sentido práctico de su padrino y se divierte luciendo su ingenio en sociedad, por medio de chistes y frases irónicas anticlericales que lo clasifican como radical, (mala política para conseguir la esposa rica que necesita). “Bien merecido te está el desastre” —le recrimina su tutor— “del otro lado los padres trabajaban contra ti y en favor de un joven muy arrimado a ellos desde la tierna infancia [...] Natural es que miren por esa juventud recoleta y que traten de formar familias cristianas ayuntando a los muchachos de conducta ejemplar con las chicas bien dotadas. Es una labor social muy meritoria que asegura la perfecta ortodoxia de la generación futura” (pp. 1023-1024).

En lo que se refiere al mundo campesino, Galdós se recrea describiendo con pormenores la brutalidad de los curas rurales, uno de los cuales, “que era un hombre como un castillo, le ganó velozmente la acción, destrozándole con recios bofetones la cara, pateándolo después, y de añadidura requiriendo a la autoridad para que le metiera en la cárcel” (p. 1052). Una víctima de estas violencias se queja amargamente de los religiosos aliados con las autoridades: “—Vinieron dos cuervos, Alcalde y curángano, a decirnos que si no ahuecábamos pronto, nuestras costillas lo habían de sentir” (p. 1057).

Sobre la lujuria y la concupiscencia de los religiosos, Bartolomé Cíbico, el personaje anticlerical que se gana la vida como vendedor ambulante, tiene siempre noti-

cias. Entre sus mercaderías lleva postales eróticas, que incluyen un tesoro: "Una hembra como un capullo de rosa... y en camisa... con aire de inocencia deshonesto, como quien se tapa y se destapa" (p. 1071). Se trata del encargo de un cura, pero otro, el de Buitrago, la descubre y estalla de indignación; amenaza al vendedor con denunciarlo, con quemar toda su mercadería. Pero finalmente decide quedarse con la postal: "No te la doy... y para que veas que soy hombre de conciencia, te la pago... Toma" Me pagó y al partir me bendijo" (p. 1071).

Describe también Cíbico la vida de los Carmelitas, su ropa fina, sus comidas y bebidas suculentas, "por la otra parte del ascetismo" (p. 1094).

El pobre vendedor, al tratar de recuperar su ardilla, el único ser en el mundo que lo acompañaba y lo quería, tiene noticia de que la han secuestrado las monjas de un convento. Cuando acude a reclamarla, lo reciben con menosprecio y burlas: "En mí teneis una de las víctimas más desdichadas del clericalismo [...] me han quitado el único ser que con sus gracias endulzaba mi vida" (p. 1095), se queja amargamente el buen Cíbico. Su solución sería quemar el convento. Así se terminaría con "esa peste que llaman clericalismo. ¿No estáis oyendo todos los días que los frailones o seglares afrailados huronean en las familias para olfatear y cazar doncellas ricas y llevárselas al noviciado y profesión en este o el otro monasterio? Pues lo mismo han hecho conmigo ese marrajo del Prior y el zorrococlo del provincial" (p. 1094). Las críticas más violentas a los clérigos las pone Galdós en boca de este personaje, hombre bondadoso siempre, dispuesto a ayudar a cualquiera. Parecería que el escritor se entusiasmase con el discurso de este buen personaje y se dejara llevar por él<sup>9</sup>.

Falta de vocación, pobreza espiritual, ausencia de virtudes cristianas, intolerancia y fanatismo son las caracte-

<sup>9</sup> "As a novelist who presents history as if he were a political reporter, Galdós is not in control of his subject but rather is controlled by it", S. GILMAN, *Galdós and the Art of the European Novel*, p. 47.

rísticas de los clérigos galdosianos hasta 1890, según un crítico<sup>10</sup>. Para él, los posteriores, Nazarín, Flórez, el P. Gamborena y otros, se redimen de los valores negativos y se mueven en más altos niveles. No es el caso, desde luego, de los de *El caballero encantado*. Montesinos considera que estos males de la Iglesia española son en realidad males de España. “Una gravísima perturbación del espíritu español, su incapacidad de sentir la realidad como es y de enfrentarse con ella, se ha apoderado igualmente de la vida religiosa y la va pervirtiendo”<sup>11</sup>. A esto se referirá más tarde Galdós en *El caballero encantado*, cuando habla de un lenguaje vacío que es el abrir y cerrar de bocas, “un signo confesional de la religión del bostezo” (p. 1127)<sup>12</sup>.

Las fallas del clero se pueden hacer extensivas a los políticos. El propio Tarsis, como diputado que ha aceptado el cargo únicamente por conveniencias, observa que es sólo la vanidad lo que le lleva a él —como a otros— a ocupar el puesto. Y, lo que es peor, lo mismo sucede con los ministros. “¿Habrà algún político que tenga algo en la cabeza?”, se pregunta. (p. 1022). “Aristocracia es la política y todo lo que tome formas aristocráticas no lleva en sí más que figuración y vanas apariencias. Nobles y políticos somos lo mismo, es decir, nada” (p. 1022). Es el mismo vacío que se refleja en la oratoria, altisonante y hueca. Los que hablan en público se quedan en las formas externas y no dicen nada. Participan de ese universo de vaciedad interesado sólo en las expresiones sonoras, sin contenido alguno. (Crí-

<sup>10</sup> FRANCISCO RUIZ RAMÓN, *Tres personajes galdosianos*, Madrid, Revista de Occidente, 1964, p. 153.

<sup>11</sup> JOSÉ F. MONTESINOS, *Galdós*, p. 175.

<sup>12</sup> La frase “religión del bostezo”, que se refiere al vacío espiritual de la religión, tal como se practica, podría ser un antecedente del poema de Antonio Machado: “—Nuestro español bosteza. / ¿Es hambre? ¿Sueño? ¿Hastío? / Doctor, ¿tendrá el estómago vacío? / —El vacío es más bien de la cabeza” (*Poesías completas*, Madrid, Espasa-Calpe, 1962, p. 162), que se refiere al vacío espiritual del español.

ticas muy semejantes, por cierto, a las que habían hecho los ilustrados, como el P. Isla, en el siglo XVIII).

Los personajes que pueblan los campos de España en *El caballero encantado* se quejan. Casi todos ellos, por humilde que sea su origen, están conscientes de ser explotados, de soportar una injusticia generalizada en el país. Bartolomé Cíbico (cuyo apellido es bien simbólico de su actitud ante las fallas de su tierra), se lamenta en varias ocasiones de las arbitrariedades que se cometen constantemente: "porque aquí decimos que hay leyes y mentamos la Constitución cuando nos vemos pisoteados por la autoridad [...]. Pero todos son lo mismo [...]. No puedes respirar si no estás bien con el Alcalde, con el Juez, con la Guardia Civil, con el cura" (pp. 1061-1062).

Un personaje más se presenta como víctima de la Justicia, despojado por los caciques que se valen de "leyes retorcidas y aplicadas al mal" (p. 1106). Los que tratan de reclamar contra las injusticias que se cometen ("Reclamar es el oficio del español", p. 1107), van de juzgado en juzgado, de juez en escribano, pero sólo pierden el tiempo. De esta manera, o las leyes son inútiles o los que las aplican están corrompidos, o son "máquinas frías de la ley" (p. 1116), incapaces de comprender al hombre ni alcanzar sus circunstancias, tan inútiles para aplicar justicia, que sería lo mismo que no existieran. Una víctima más de tal situación decide tomar otro rumbo y dejarse llevar por el Destino, "que suele ser más humanitario que las leyes y los que cuidan de cumplirlas" (p. 1104).

Todo el escepticismo que expresa aquí Galdós está muy próximo a las ideas cervantinas sobre la relatividad de la justicia. El honor y las leyes establecidos por el hombre son de poco valor frente a las leyes naturales. Las instituciones políticas y religiosas se desmoronan. La ley moral primitiva ha desaparecido<sup>15</sup>.

<sup>15</sup> Cf. RUBÉN BENÍTEZ, *Cervantes en Galdós*, Murcia, Universidad de Murcia, 1990, p. 73.

Esto muestra la otra cara de la sociedad, la que está indefensa, explotada, sumida en una miseria sin remedio. Un buen ejemplo de este estado de cosas es el pueblo de Boñices<sup>14</sup>, parecería simbólico de su pobreza y fealdad: "pueblo en verdad digno de ser visto, porque él es el emporio de la miseria" (p. 1084). Pero no es una excepción; otras villas, como Atienza, corren con suerte semejante, "oprimida, como las más de España, por autoridades mentirosas y cargantes, por clérigos fastidiosos y acusones y señores rígidos que en todo metían las narices, olfateando la inmoralidad" (p. 1097). Cuando el caballero-pastor recorre los caminos de España, encuentra con frecuencia personajes que se trasladan de un lugar a otro en el mismo estado de miseria. Por la carretera de Soria puede ver "mujeres flacas cargando haces de leña; hombres que parecían enfermos y lo estaban de penuria y cansancio, luchadores de la vida en completo vencimiento y derrota, que iban en busca de una limosna en forma de jornal" (p. 1056)<sup>15</sup>.

El maestro de Boñices, ya viejo, es uno de los casos más trágicos. Después de haber ejercido su profesión con entusiasmo durante más de cincuenta años, los caciques lo han dejado en la miseria, debiéndole varios años de sueldo. Y sin donde tener donde vivir, anda errante, sin hogar, sin ropa, como él mismo relata con amargura: "atenido a la caridad pública, rodando como

<sup>14</sup> "A la vibrante toponimia de la épica y el romancero —Medinaceli, San Esteban de Gormaz, Calatañazor, Salas, Osma, Lara— opone nombres de aldeas y lugares manifiestamente grotescos: Boñices, Tagarbuena, Matabreras, Suellacabras, Todelepe", JUAN LÓPEZ-MORILLAS, "Galdós y la historia: Los últimos años (Diálogo con Stephen Gilman)", en *Anales Galdosianos*, Año XXI, Cabildo Insular de Gran Canaria - Cornell University, Ithaca, 1986, p. 60.

<sup>15</sup> Descripción que parece bastante real, teniendo en cuenta datos históricos: "La existencia de una masa campesina, que las clases dirigentes no han sabido salvar de la miseria, es quizá uno de los males más graves de la vida contemporánea española", SALVADOR DE MADARIAGA, *España*, México-Buenos Aires, Editorial Hermes, 1955, p. 160.

las hojas del viento, sin encontrar ni protección, ni pan, ni siquiera sepultura, pues cuando menos lo piense caeré muerto en lugar salvaje donde las bestias me pisen y los buitres me coman" (p. 1105). Imagen de un pueblo sojuzgado y explotado por autoridades corruptas<sup>16</sup>. Y hasta por el "paternal gobierno", que siempre interviene "en el sagrario de las economías" y convierte en víctimas a los que de él dependen (p. 1110). "Ya se entiende que en estas condiciones el país produce una clase de trabajadores del campo en completa dependencia de los propietarios. Esta masa de trabajadores vive en estado endémico de paro forzoso y tiende, por lo tanto, a gravitar sobre los distritos donde existen propiedades vastas y prósperas"<sup>17</sup>.

El fisco presenta un doble y opuesto contenido: por un lado oprime a los contribuyentes ("embargando tierras por no poder estos infelices con el peso de la contribución", p. 1086) y por otro es burlado por los ricos, muy especialmente por los caciques y por los dueños de inmensos estados agrícolas en posesión de una sola familia, los latifundios<sup>18</sup>.

También a influencia cervantina se pueden deber las tétricas descripciones del trato infringido a los presos, que no siempre lo son con justicia. El erudito Becerro, por ejemplo, hombre de probada honradez, después de ser asaltado, sin dinero y acicateado por el hambre, se decide a robar dos cebollas en un sembrado. El hecho

<sup>16</sup> "Caciques" and their friends and relations supported by fanatical priests and brutal "guardias civiles" preside over the most wretched and hopeless form of rural poverty", STEPHEN GILMAN, "El caballero encantado: Revolution and Dream", en *Anales Galdosianos*, Año XXI, p. 50.

<sup>17</sup> SALVADOR DE MADARIAGA, *España*, pp. 159-160.

<sup>18</sup> "En cuanto a la propiedad de la tierra, la dificultad es doble: por un lado, los latifundios, o vastas extensiones de tierra bajo un solo propietario; por otra, la propiedad demasiado pequeña para una explotación económica", SALVADOR DE MADARIAGA, *España*, p. 162.

es suficiente para ser llevado a las galeras y maltratado, sobreviviendo en ínfimas condiciones. La oscuridad de los calabozos, los golpes, la suciedad extrema, se describen en diversas ocasiones. "Así se trata en España al buen ciudadano, después de zarandearle para que vote, para que pague, para que grite" (p. 1108), se lamenta una de las víctimas.

El inconforme Cíbico resume con sus palabras su punto de vista sobre la situación de España: "Aquí vivimos de mentiras. Decimos que no hay esclavitud. Mentira: hay esclavitud. Decimos que no hay Inquisición. Mentira: hay Inquisición. Decimos que ha venido la Libertad. Mentira: la Libertad no ha venido, y se está por allá muerta de risa..." (p. 1062).

Es evidente que Galdós, a veces directamente, a veces en boca de sus personajes, está exponiendo un estado de cosas que conoce, que le hace daño, que le urge expresar, y no encuentra obstáculos internos ni externos para hacerlo con toda libertad. "Se trata, en efecto, de que Galdós, el novelista de la clase media, ha descubierto el problema nuevo, la cuestión social, el proletariado militante y sus luchas"<sup>19</sup>.

Sin embargo, *El caballero encantado* no es una novela pesimista. Además de la ironía que se introduce por todos los resquicios, el protagonista ha cambiado al fin de la novela, cuando su encantamiento desaparece. Ha dejado de ser un "señorito" y se ha convertido en un hombre. Ha conseguido una pareja, que ha experimentado avatares semejantes a los suyos; espera un hijo —ilegítimo, fuera de las leyes— que es un símbolo del futuro<sup>20</sup>, y cuenta siempre con la ayuda incondicional de la

<sup>19</sup> Cf. RODRÍGUEZ-PUÉRTOLAS, "Galdós", p. 112.

<sup>20</sup> "The erstwhile "señorito" is now an "hombre", not a "muñeco de resortes gastados", and ready to pass his final examination. Nothing less than setting things right in Spain forever after! In this still unrealized project, however, he is not alone. He is accompanied by his newly rich mistress, his illegitimate child representing

Madre (un personaje nuevo en su vida), “nuestro ser castizo, el genio de la tierra, las glorias pasadas y las desdichas presentes, la lengua que hablamos...” (p. 1055).

PACIENCIA ONTAÑÓN DE LOPE

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

future [...] and, above all, by his enchanting and seemingly omnipotent teacher”, STEPHEN GILMAN, “El caballero encantado”, p. 50.